

Ola independentista

KEPA AULESTIA

LA VANGUARDIA, 18.11.09

Los treinta años de vivencia autonómica en las dos comunidades con mayor arraigo del nacionalismo, Catalunya y Euskadi, han generado un misterioso efecto de continuidad respecto a la identidad subjetiva de la población y a la adhesión al independentismo. Ambas sociedades parecen respirar como lo hacían a finales de los años setenta. No hay en ellas ni más ni menos independentismo que entonces. Ni una mayor identidad excluyente -sólo catalana o vasca-, ni una identificación más estrecha con la identidad española. Todas las series sociológicas que pueden ojearse reflejan un extraño mantenimiento del porcentaje de los que se muestran favorables a la independencia, con pequeñas fluctuaciones que podrían responder más a las condiciones de cada sondeo que a causas de coyuntura política. De manera que en torno a una tercera parte de los catalanes serían proclives a la constitución de un estado propio; porcentaje que entre los vascos es levemente menor. Y ello sin variaciones sustanciales a lo largo de tres décadas.

Ni la paulatina asunción de competencias autonómicas, ni la gestación de estructuras de poder propias, ni las nuevas relaciones inducidas por la política democrática, ni la vida en libertad, ni los enormes cambios sociales y culturales experimentados, ni siquiera la total renovación del cuerpo electoral, han modificado los citados porcentajes.

Probablemente la trayectoria autonómica ha ido saciando el ansia de autogobierno de una buena parte de la sociedad, mientras que otra parte

ha encontrado en el carácter irreversible del proceso estatutario la base sobre la que edificar la quimera soberanista, dando lugar a esa sorprendente continuidad que recogen las encuestas. Continuidad que quizá responda también a la capacidad que han mostrado los partidos nacionalistas o catalanistas -el vasquismo siempre ha sido más etéreo para encauzar o cuando menos acotar la trascendencia política del independentismo. En el caso de Euskadi la amortización política del terrorismo, cuyo anhelo final ha sido utilizado como moneda para la especulación soberanista, permite suponer que el independentismo latente no será capaz de desbordar el sistema de partidos como para que algunos de estos se vean obligados a seguir su estela en lo inmediato.

Sin embargo, los síntomas de dificultad que las formaciones catalanas están mostrando para dar una respuesta razonablemente unitaria y serena a lo que de insatisfactorio contenga la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatut atestiguan que el independentismo podría irrumpir en un momento de oportunidad tal que acabe descolocando a los partidos, y no sólo a CiU y a ERC.

Las formaciones nacionalistas han emitido periódicamente mensajes independentistas para mantener vivo ese tenue oleaje que les ha prestado la energía suficiente para jugar a la representación en exclusiva de los intereses de Euskadi y de Catalunya. Pero la ola anunciada para el próximo 13 de diciembre, con un centenar largo de consultas locales soberanistas, puede alcanzar una fuerza que ni el nacionalismo político ni las siglas de vocación catalanista sean capaces de contener o derivar hacia el pulso que mantienen entre sí las formaciones ya consagradas. Se trata de un fenómeno sin precedentes, que desde Euskadi contemplan

con atención los sectores abertzales más conscientes de que el trueque por la paz ya no sirve como palanca para tratar de desbordar el cauce estatutario y constitucional. La inclinación natural de quienes disienten de semejante recurso plebiscitario y están preocupados por sus consecuencias es la de sortear su embate zambulléndose a su paso, esperando que sus efectos sean pasajeros y regrese la calma. Mientras que las dos formaciones nacionalistas que aspiran a gobernar en Catalunya se disponen a sacar un beneficio directo de las citadas consultas locales, aunque temiendo que les sobrepase.

Es posible que ni siquiera una ola como la prevista para el 13 de diciembre sea capaz de incrementar significativamente el porcentaje de independentismo que late en la sociedad. Cuando menos no inmediatamente. Pero no sólo podría empujar a CiU e incluso a ERC a acentuar su carácter identitario y a elevar sus exigencias de autogobierno muy por encima del propio Estatut. Incluso podría conducir a lo que esas dos formaciones nacionalistas más temen, y algunos dirigentes socialistas contemplan, sorprendentemente, con más interés que preocupación: una alternativa electoral que, desde una llamada aparentemente inclusiva para todos los catalanes, convierta su peculiar concepción del derecho a decidir en un deber independentista de naturaleza excluyente.